

Beauford-Delaney

Por James BALDWIN

Yo descubrí la luz a través de Beauford Delaney, la luz contenida en cada cosa, en cada superficie, en cada rostro. Hace muchos años, en medio de la pobreza y la incertidumbre, Beauford y yo solíamos caminar juntos por las calles de Nueva York. Entonces, como ahora, él estaba trabajando todo el tiempo o quizá sería más exacto decir que estaba *viendo* todo el tiempo y la realidad de su mirada hizo que yo empezara a ver también. Pero, en esa época, para decir la verdad lo que empecé a ver no eran sus cuadros; eso llegó después; lo que veía, antes que nada, era una hoja café sobre el asfalto negro, el aceite moviéndose como mercurio sobre el agua negra del desagüe, la hierba luchando por salir a través de una rajadura en la banquetta. Y porque estaba viéndolo con Beauford, porque Beauford me hacía verlo, los mismos colores sufrieron un cambio perturbador y saludable. La hoja café sobre el asfalto negro, por ejemplo, ¿qué colores tenía realmente? Mirar la hoja un largo rato, tratar de aprehenderla, era descubrir muchos colores en ella; y aunque el negro había sido descrito como la ausencia de luz, llegó a ser muy claro para mí que si esto fuera verdad nunca seríamos capaces de ver el color negro: la luz está atrapada en él y lucha por salir, de una manera muy parecida a la de la hierba que lucha por salir a través del cemento. Era humillante verse obligado a admitir que la luz caía del cielo, sobre todas las cosas, sobre todas las personas y que era siempre cambiante. Paradójicamente, esto significaba para mí que la memoria es una traidora y que la vida no contiene el pasado: la puesta de sol que uno vio ayer, la hoja que se quemaba y la lluvia que caía no han sido vistas realmente si uno no está preparado para verlos cada día.

Beauford existe, para su crédito eterno y para nuestra salud y nuestra esperanza. Quizás estoy tan impresionado por la luz de los cuadros de Beauford porque él viene de la oscuridad — como yo, como, en realidad, todos nosotros. Pero la oscuridad de los orígenes de Beauford, en Tennessee, hace muchos años, era en realidad una negro-azul de medianoche, opaca y lle-



"producto del amor"



"nueva confrontación con la realidad"

na de dolor. Y yo no sé, ni ninguno de nosotros lo sabrá nunca, qué clase de fuerza fue la que le permitió seguir un camino tan espléndido y obstinado. De todos modos, desde Tennessee, se trasladó finalmente a París (tengo la impresión de que caminó y se dejó llevar por la corriente) y durante un tiempo vivió en un suburbio de París: Clamart. Durante esa época empecé a ver los cuadros de Beauford de una nueva manera y también durante esa época los cuadros de Beauford pasaron por una impresionante metamorfosis que los condujo a la libertad. Sé que esto suena demasiado subjetivo, pero dejémoslo así, en verdad no es tan subjetivo como parece. En la casa de Beauford en Clamart había una ventana frente a la cual nos sentábamos a menudo — adentrada la noche, temprano en la mañana, a mediodía. Esta ventana daba a un jardín; o, mejor dicho, hubiera mirado hacia un jardín si no fuera porque las hojas y ramas de un enorme árbol se aplastaban directamente contra la ventana. Todo lo que uno veía desde esa ventana, entonces, se filtraba a través de esas hojas. Y esa ventana era una especie de universo, doloroso y gimiente cuando llovía, negro y amargo cuando estallaba el trueno, indeciso y delicado a la primera luz de la mañana y tan melancólico como un *blues* cuando desaparecía la última luz del sol. Y fue esa vida, esa luz, ese milagro lo que empecé a ver en los cuadros de Beauford y esa luz empezó a aparecer en mí a lo largo de todo el tiempo que nos habíamos conocido, aún más atrás, y esa luz tenía el poder de iluminar, inclusive de redimir y reconciliar y curar. Porque la obra de Beauford lleva a la mirada interior y a la exterior, directa e inexorablemente, a una nueva confrontación con la realidad. En ese momento uno empieza a comprender la naturaleza de su triunfo. Y la belleza de su triunfo, y la prueba de que es uno verdadero, es que él lo hace nuestro. Quizás no debería decir, tan directamente, lo que pienso: es un gran pintor, uno de los más grandes; pero creo que el gran arte sólo es posible como producto del amor y que Beauford es el más grande amante que ha tomado jamás un pincel.

—Traducción de Juan García Ponce